
la femineidad en el psicoanálisis: de freud a lacan¹

kathya araujo

Dar cuenta de un discurso sobre la femineidad, el psicoanalítico, más allá de los espacios tradicionalmente consagrados a ello, encuentra su fundamento en la convicción de que si bien la teoría no deja de nutrirse de lo real por un lado, es decir que no puede ser ajena a la pregunta por el referente, por aquello de lo que dice dar testimonio, por aquello que desde el real de la clínica no deja de interpelarla, tampoco puede omitir de sus reflexiones las consecuencias que tiene a nivel de las prácticas concretas que van más allá de la propia.

El discurso psicoanalítico ha tenido a lo largo del siglo una incidencia muy significativa a nivel social y cultural. Enfrentar las consecuencias de esta inusitada difusión es para el psicoanálisis, y esto más allá de las diferencias institucionales, uno de los retos de mayor actualidad. Enfrentar las consecuencias quiere decir a mi entender: 1) mantener abierta la dimensión de sorpresa y sutileza que la banalización de sus conceptos tiende a cerrar; 2) encontrar caminos para contrarrestar la gradual neutralización de sus efectos en el campo de la clínica, la que suele adjudicarse a su presencia ya excesivamente familiar; 3) reflexionar sobre su lugar en la cultura; sobre la función que ha cumplido y cumple a nivel cultural y social, y sobre lo que compete a su relación con otros discursos, esto es, al modo en que el psicoanálisis ha servido

¹ Esta es una versión revisada de la presentación hecha en el conversatorio con el que se cerró el seminario "La femineidad en el psicoanálisis lacaniano: La Mujer no existe" dictado en la Facultad de Ciencias Sociales de la PUC del 26 de setiembre al 12 de octubre de 1995. Participaron en el conversatorio, además de la autora del artículo, la filósofa Pepi Patrón, la socióloga Carmen Rosa Balbi y el psicoanalista Max Hernández.

para avalar, enfrentar, modificar o simplemente sostener a otros discursos sociales y/o culturales. Esta lista no es completa ni exhaustiva pero señala una empresa ya tan ambiciosa, me parece, que puedo autorizarme a tomarla como suficiente.

El ánimo, pues, de este seminario ha sido mostrar la lógica de lo que desarrolla el pensamiento psicoanalítico lacaniano sobre femineidad, realizar su fundamentación y al mismo tiempo pensar en las consecuencias que esto puede tener para los diversos abordajes del tema de la femineidad y sus prácticas concretas.

He solicitado a nuestros invitados tener la deferencia, que valoro sobremanera, de presentar ante nosotros algunas de las reflexiones que, desde el quehacer propio, surgen sobre el tema. Pero, como hemos insistido desde el principio de este seminario, acuerdo o discusión son sólo posibles en la medida en que se cuente con un espacio referencial común. Así es que, para iniciar este conversatorio, deseo presentar ante nuestros invitados algunas de las ideas básicas que hemos desarrollado a lo largo de este tiempo de trabajo conjunto.

Voy a articular esta presentación alrededor del título elegido para el seminario: «La Mujer no existe». «La Mujer no existe» es una de las propuestas básicas de Lacan. La primera vez que lo dijo fue en Italia y generó tanto escándalo que se cuenta que hasta salió en los periódicos. Eso fue hace ya bastantes años, pero su capacidad provocativa no ha cesado, por lo menos debo creerlo si me dejo llevar por las reacciones de mis amigos hombres; la incredulidad de mis amigos hombres que contrasta con la sorprendida curiosidad de mis amigas mujeres.

«La Mujer no existe» es una propuesta que surge de la evaluación de lo que Freud desarrolla respecto a femineidad, así es que se justifica que empecemos por allí, por lo que dice Freud.

Freud muestra con precisión de qué manera ser mujer no es ninguna cosa dada; se trata, sostiene él, de un devenir. Se trata, pues, de un trabajo psíquico el cual media entre el dato insoslayable y único que viene de lo real del cuerpo y el destino de la elaboración de este dato. Este trabajo psíquico implica dificultades particulares en el caso que nos ocupa, pues para que el destino de la elaboración psíquica conduzca a devenir mujer dos tareas deben ser llevadas a cabo: el cambio de objeto de amor y el cambio de sexo. Es decir, que para ellas se trata de resolver el problema de la instalación tanto de un nuevo objeto como el cambio de un modo de satisfacción pulsional a otro; del clítoris a la vagina: de la actividad a la pasividad. Muestra Freud, además, cómo existe una asimetría básica en el Complejo de Edipo, pues mientras para el varón la Castración se presenta como una amenaza y sitúa la salida del Edipo, para la niña se trata de una certeza que se funda en la sincronía entre percepción y significación, lo que determina que la Castración, para la niña, esté del lado propiciatorio a la entrada del Edipo. Esta certeza es seguida por el surgimiento de la envidia del pene que se constituiría desde entonces en el motor

de la elaboración psíquica de la niña en tanto permitiría el abandono de la madre. Otra consecuencia importante del modo en que Freud plantea este camino de la elaboración psíquica mencionado, es que no se encuentra ninguna razón para que la niña abandone el Edipo. Freud llega a conceptualizarlo, entonces, como una postura de descanso cuyo abandono, siempre eventual, residiría en el hijo, explícitamente el varón.

La propuesta de Lacan —«La Mujer no existe»— que hoy presento, tiene su punto de partida en algunas reflexiones acerca de la lógica de los impases de Freud en lo que al tema de la femineidad concierne. Impases que en función de nuestro interés vamos a situar en: 1) insistir en el abandono completo de un modo de satisfacción (clitoridiano) por otro (vaginal), cuando esto resulta a todas luces insostenible; 2) plantear la paradoja siguiente: que el devenir mujer se daría a partir de la envidia del pene, con lo cual cabe preguntarse cómo es que resulta que el complejo de masculinidad lleva a la niña a su más acabada femineidad; 3) considerar que la salida (siempre eventual) del Edipo residiría en el hijo colocando así allí donde el anudamiento de la femineidad es situado, a la madre. Es decir, haciendo coincidir la más acabada femineidad con la maternidad.

Una de las hipótesis fundamentales acerca de lo que ordena lo que hemos llamado la lógica de los impases de Freud es la siguiente: si Freud encuentra estos callejones sin salida en su elaboración es porque no cesa de buscar *el* elemento que defina al conjunto de las mujeres, un rasgo significativo que en tanto común les ofrezca una respuesta a la pregunta por su ser mujer, que se ofrezca como punto de amarre a una identidad: la identidad femenina.

Ahora bien: Freud espera encontrar este elemento, que hemos llamado rasgo significativo, cuando de otro lado no deja de insistir que sólo existe un significativo a nivel de lo que ordena la sexualidad y éste es el Falo. Falo que —no está nunca de más subrayarlo— no es el órgano, el pene, aunque encuentre en él su apoyo a nivel del cuerpo. Falo que es un significativo, el significativo del deseo del Otro, a lo que apunta el Otro en su deseo, a nivel simbólico, y que a nivel imaginario se adorna con las representaciones que la vida particular del sujeto y una cierta imagería social propicia y, cómo no, también propiciatoria, proveen.

Hablar del orden fálico es subrayar la función central que este significativo del deseo del Otro tiene en tanto operador en la problemática y la dialéctica del deseo humano. El Falo es resultado de la intervención de la Ley. Esta Ley que es una ley cultural y que de manera simple puede ser leída como el cumplimiento del mandato que ordena al niño no poseer a su madre y a la madre no reintegrar su producto. Dicho de otra manera, una ley cuya función es de corte y separación respecto al deseo de la madre, en tanto objeto del deseo y del goce de la misma, y que permite la incorporación a la dimensión del deseo humano en tanto *sujeto* deseante. La conceptualización de la inserción al orden significativo, es decir al orden simbólico, como

simultánea y solidaria con la incorporación a la dialéctica del deseo dice de los límites precisos que la filiación cultural le impone al psicoanálisis. Tanto así que algún día Lacan se preguntó con absoluta honestidad y seriedad si los japoneses tenían inconsciente.

Pues bien, si esto es así, si el Falo es el significante que ordena lo que se juega a nivel de la sexualidad, entonces se trata de que no existe ese rasgo significativo que Freud esperaba encontrar. Esto es que a nivel del orden significativo no existe el significante de la mujer, pues del lado de la identificación el Padre no está en posición de otorgar a la niña el elemento que la definiría en tanto mujer. No hay pues LA mujer, porque a nivel del orden fálico no se constituye una respuesta para ella. La Mujer, esa de la generalización, del conjunto cerrado, de la posibilidad universalizable, ella no existe. A las mujeres se las toma una por una, dice Lacan, y como el testimonio de la clínica y de la vida vivida muestra, lo de una no parece servir mucho para decir algo de la siguiente. Se trata de toda la distancia que hay entre el «todos los hombres son iguales» y el «a las mujeres, ¿quién las entiende?».

Las mujeres en virtud de esta falta del rasgo significativo que dé cuenta de lo que las especifica en tanto mujer, se encuentran en una relación particular a este orden fálico: ellas están sujetas a él en la modalidad del no-toda. Lo que Freud señala, por ejemplo, cuando en ese texto nunca suficientemente releído que es *Malestar en la cultura*, sitúa a las mujeres del lado disruptor, de lo que haría obstáculo a la cultura.

Para continuar, ¿qué implica este no-toda? Por un lado el no-toda implica la pregunta: Si ella es no-toda, no-toda en el orden fálico, ¿cuál es el modo en que se «mantiene» en él? Por el otro, implica ciertas consecuencias en términos del goce.

Las mujeres están sujetas al orden fálico, son sujetos de cultura, son sujetos deseantes. Entonces, el punto no es ese sino de qué modo resuelven y en qué modalidad se despliegan sus movimientos en una posición que puede llegar a ser extremadamente incómoda. Las mujeres están sujetas al orden fálico, pero en una modalidad que difiere de la de los hombres, a menos, claro, que jueguen a hacer el hombre, es decir que jueguen a todas fálicas. Esto supone plantear, a diferencia de lo que Freud y de paso muchos post-freudianos han sostenido, que para la mujer el asunto no se juega en el orden del tener, en la sustitución tener un pene por tener un hijo, como para el hombre (lo que dicho sea de paso los hace tan sensibles al tema del prestigio y de la potencia). Para dar cuenta de ello Lacan elabora la idea de la mascarada. Así, la envidia del pene como motor que llevaría a la femineidad y la paradoja que eso conlleva puede ser despejada. La envidia del pene es un concepto necesario cuando de lo que se trata es de insistir en mantener a la mujer en su relación al Falo en el orden del tener.

Pero, ¿qué quiere decir mascarada? Quiere decir que las mujeres se inscriben en el circuito del deseo y para ello juegan a parecer

el falo. La máscara se sitúa a este nivel del parecer a través de lo cual la mujer pretende ser amada y deseada. Pero media una distancia respecto a la máscara, la cual es necesario mantener para no caer en la creencia de ser el falo. Esta distancia con la máscara es garantía, pues, de su propia femineidad, en tanto, como sostiene Serge André², está destinada a hacer existir como misterio, como insignificante un ser femenino hipotético. Pero al mismo tiempo implica una cierta fragilidad y labilidad en lo que respecta a la imagen corporal, lo que aparece, por ejemplo, en esa mayor preocupación por el cuerpo que uno encuentra en las mujeres.

Pero, «La Mujer no existe» indica también, había dicho, algo del orden del goce³. «La Mujer no existe» indica que las mujeres escapan en algo al orden fálico y escapar al orden fálico implica, a su vez, escapar al goce por él prescrito, el goce sexual. Escabullirse, a ese goce, pero sólo en algo, para acceder a un Otro goce, un goce más corporal, un goce no restringido al órgano. Las mujeres al no estar del todo sujetas al orden fálico acceden a este plus, a este goce suplementario del que por otro lado nada dicen, porque bien visto nada pueden decir. Se trata de un goce del que en principio nada se puede decir pues se ubica en ese más allá del significante y de su goce respectivo (goce sexual). En este modo de abordar el goce en las mujeres, duplicidad marcada por el goce sexual y el Otro goce, se señala una salida a uno de los impases de la elaboración freudiana acerca de la femineidad: la idea, antes mencionada, de que en el devenir mujer sería menester el abandono completo de un modo de satisfacción pulsional por otro.

Habrá que cuidarse de encontrar en este goce en plus la herramienta para la apología narcisista de «la pequeña diferencia». Más bien se trata de reconocer en ello la dinámica permanente de desdoblamiento en la vida psíquica de las mujeres. Vale en el punto anotar que las mujeres, ellas mismas, se encargan de mantener las barreras a este goce suplementario, Otro goce, de mantenerlo algo así como de acceso limitado y lo hacen porque él constituye una amenaza. ¿En qué? En que las amenaza como sujetos. Este riesgo de destitución subjetiva es un elemento que permite explicar por qué las mujeres preservan con gusto también el orden fálico.

Ahora bien: ¿cuál es la importancia de esta manera de situar el tema de la femineidad?; ¿se trata acaso de una corrección teórica que deja sólo hacer sentir sus efectos al interior de la práctica analítica? O, peor aún, ¿se trata de un mero ejercicio de sutileza teórica? Ustedes saben de antemano que voy a responder que no, pues es precisamente ese no el que autoriza mi presencia aquí esta noche. Debo sin embargo justificarlo.

² André, Serge: *Que veut un femme*. París, 1986.

³ Considerar en detalle los desarrollos teóricos acerca del goce excede los fines de este artículo. Remitiremos, por tanto, al lector interesado a los siguientes textos: Lacan, J.: *El seminario XX*, Aón, Barcelona, 1981; André, Serge: op. cit.; Miller, Jacques-Alain: *De Mujeres y Semblantes*, Buenos Aires, 1993. Escuela de Orientación Lacaniana (editor), *Sexualidad femenina*, Buenos Aires, 1994.

Sostener que «La Mujer no existe» tiene, a mi juicio, una serie de consecuencias, de las cuales hoy quiero presentar sólo dos.

1) Permite esclarecer la confusión entre posición de madre/ posición de mujer que sostienen una serie de discursos sociales. Y no debe pensarse que me refiero exclusivamente a discursos que son considerados como tradicionales. El de la iglesia, por ejemplo. También, pero no sólo. No es muy difícil encontrar en los discursos llamados modernos las huellas de esta superposición. Por ello, me parece, se trata también de volver a pensar desde esta perspectiva el modo en que se aborda el trabajo con mujeres. Se trata de preguntarse, por ejemplo, a dónde se apunta cuando se diseña un trabajo con mujeres que se dirige exclusivamente a su posición de madre.

2) Al plantear la modalidad en que se incorpora a la dialéctica del deseo del lado de la mascarada, lo que se señala es que, en tanto sujeto deseante, la mujer no puede sustraerse a este parecer. No se trata de sostener una posición a-crítica respecto a las representaciones sociales a las que se anuda esta dialéctica de deseo, y esto tanto del lado del hombre como del de la mujer, pero se trata de insistir en la clara conceptualización de esa dimensión de mascarada. Reconocer esta dimensión, excluirla o incluso satanizarla, tiene efectos directos en la definición de lo que las mujeres pueden reconocer como algo que dice o no de ellas mismas. No me parece arriesgado leer desde aquí las dificultades de un cierto feminismo para conseguir ser considerado como representativo por un gran sector de mujeres. Desconocer la mascarada, necesaria a las mujeres en tanto sujetas a la ley del deseo, no puede sino llevar a insistir en que las mujeres resuelvan el asunto del lado del tener (lo que está del lado de la igualdad). Dicho de otro modo, seguir un programa en el que se trata de cómo ser un hombre siendo una mujer. «Las mujeres son en todo mejores o peores que los hombres; nunca iguales», cito a La Bruyère.